

Josephine Herbst en Realengo 18

En años recientes, Pablo de la Torriente Brau ha emergido como uno de los escritores cubanos más significativos del siglo xx, con magníficas ediciones nuevas de sus textos, además de estudios y reminiscencias del hombre y sus hazañas.¹ Todos reconocen que una de las publicaciones clave de Pablo es la pieza hoy conocida como «Realengo 18», que originalmente apareció en tres entregas del periódico habanero *Ahora*, en noviembre de 1934, bajo el título «¡Tierra o sangre!», y que comienza con las palabras clásicas «El que quiera conocer otro país, sin ir al extranjero, que se vaya a Oriente.» Menos conocido es el hecho de que Realengo 18 fue visitado unos meses después por alguien de fuera, una periodista estadounidense llamada Josephine Herbst, quien publicó dos artículos sobre su visita en la revista marxista de los Estados Unidos *The New Masses*. Tras una breve introducción, publicamos aquí la traducción de esos artículos.

*

Josephine Herbst (1892-1969) ha sido insistentemente excluida de la historia de la literatura estadounidense, pero en una serie de novelas de las décadas de 1920 y 1930, ella empleó una combinación innovadora de realismo y vanguardismo para narrar la historia de una generación de comunistas y socialistas de los Estados Unidos.² Una trilogía autobiográfica (Pity Is Not Enough [1933], The Executioner Awaits [1934]

1 Véase, por ejemplo, Pablo de la Torriente Brau: *Testimonios y reportajes* (2001), *Álgebra y política* (2001), *Pablo: 100 años después* (2001), *Para ver las cosas extraordinarias: Coloquio internacional cien años de Pablo* (2006), todos en la serie Ediciones La Memoria, publicada por el Centro Cultural Pablo de la Torriente Brau.

2 Para una información general sobre el período, véase Daniel Aaron: *Writers on the Left: Episodes in American Literary Communism*, Nueva York, Columbia UP, 1992.

y *Rope of Gold* [1939]) teje la historia de Victoria a través de las disputas laborales de esa década, culminando –de modo inesperado– con una visita a Cuba que es trascendente por la toma de conciencia de su lugar en el mundo, aunque coincida con el fin de su matrimonio.

Ese recuento de ficción de la visita a Cuba se realiza varios años después de los textos periodísticos que le sirven de base. *The New Masses* le había pedido a Herbst que fuera a Cuba para hacer reportajes sobre la agitación política que conmocionaba a la Isla a comienzos de 1935. Su cobertura era el encargo de escribir artículos para otras publicaciones menos radicales, como *The American Mercury*, que le suministraron la debida acreditación. En La Habana, ella entrevistó a políticos cubanos, al embajador de los Estados Unidos y a hombres de negocios estadounidenses, acopiando material que le sirviera de base, pero siempre esperando ser contactada por un miembro de la oposición que pudiera presentarla a personas ocultas en la resistencia revolucionaria. Sus papeles personales revelan cuán difícil era su situación. En los inicios de 1935, La Habana era una ciudad peligrosa para una mujer sola, con un escaso conocimiento del idioma.³ A pesar de eso, Herbst se consagró a su trabajo, escribió largas notas de todas sus entrevistas: «En la embajada. Attaché comercial muy solícito. Lleva una rosa en la solapa, morón alto y guapo. Repentinamente se altera ante mis preguntas, busca papeles, dice que tiene que mandar una carta.»⁴ Ella le pregunta al embajador, Jefferson Caffery, cómo sería la reacción ante un movimiento verdaderamente revolucionario en Cuba, y cuál era su opinión sobre Batista, ya reconocido como el poder tras el trono. Su conclusión sobre Caffery fue: «Parece ser un hombre astuto con grandes limitaciones. Sus limitaciones también lo ayudan a ser estrictamente un hombre de acción, capaz de trabajar mano a mano con Batista bajo el disfraz de mantener “el orden”.»⁵

Después de un mes en La Habana, Herbst fue contactada por la oposición y comenzó una serie de encuentros clandestinos con miembros de los sindicatos revolucionarios. Cuando ganó su confianza, empezó a insistirles en que la ayudaran para visitar Oriente donde –como siempre– el movimiento revolucionario era más fuerte. Al cabo ellos estuvieron de acuerdo. En Santiago, Herbst conoció estudiantes universitarios, trabajadores y alumnos de bachillerato, muchos de los cuales mostraban las cicatrices de sus encuentros con la policía o los guardias rurales. Seguro ya de su buena voluntad y confiabilidad, el clandestinaje santiaguero preparó su visita a Realengo 18, donde pasó días que siempre consideró que fueron los más importantes de su vida. Su biógrafa, Elinor Langer, ella misma resultado de las esperanzas revolucionarias de los años 60, captura la intensidad de la experiencia de Herbst: «Fue aquí en las montañas de Cuba que Josie tuvo la experiencia [...] que solo puede ocurrir una vez en su forma pura, esa percepción transformadora, radicalizadora [...] tan vieja como el primer idealista y tan joven como el último, y un revolucionario que no la ha tenido al menos una vez es un fraude.»⁶

En 1935, Cuba aparecía constantemente en las páginas de *The New Masses*. Además de los tres artículos de Herbst sobre Cuba (de los cuales dos se centraban en Realengo 18), la revista también publicó el relato de Clifford Odets sobre su detención y deportación cuando llegó a La Habana como

3 Los detalles biográficos han sido tomados de Elinor Langer: *Josephine Herbst*, Boston, Northeastern UP, 1994.

4 *Ibid.*, p. 167.

5 *Ibid.*, p. 170.

6 *Ibid.*, p. 176.

miembro de un comité de investigación, y el ensayo «I Escaped from Cuba» [*Escapé de Cuba*], de Pablo de la Torriente Brau.

Los tres artículos de Herbst sobre su viaje a Cuba (los dos primeros tenían que ver con Realengo 18) fueron publicados en *The New Masses* bajo el título general «Cuba en las barricadas.» La portada de la entrega de marzo 19 proclamaba «¡Recuento de un testigo ocular! El Soviet en el interior de Cuba, por Josephine Herbst». A fines de 1933, el partido comunista cubano había dado la orden de crear soviets locales, que existieron brevemente en centrales de Camagüey y Las Villas. Realengo 18 funcionaba desde 1930, pero retrospectivamente fue asociado a estos soviets. Una asociación que sus miembros aparentemente aceptaban con agrado.⁷

Josephine Herbst también siguió los pasos de Pablo en España, aunque cuando ella llegó, en 1937, ya Pablo había muerto. Sin embargo, ella trabajó en Madrid como periodista junto a Ernest Hemingway, quien era muy amigo suyo y admirador de su escritura, y a Herbert Matthews quien, a su vez, veinte años después seguiría los pasos de Herbst en Oriente para entrevistar a Fidel en las montañas de la Sierra Maestra.

Después de la Segunda Guerra Mundial, a medida que la política estadounidense se movió agudamente a la derecha, los textos de Herbst cayeron en desgracia; ella escribió comparativamente poco y fue investigada por el FBI por sus simpatías comunistas. Falleció en 1969.

Peter Hulme

*

The New Masses. Marzo 19, 1935 (XIV no.12)

[Editorial] *The New Masses* se complace en anunciar la serie de artículos «Cuba en las barricadas», de Josephine Herbst, quien se encuentra actualmente en Cuba. Ella es la primera escritora que ve y describe Realengo 18, llamado el primer Soviet en América. Su contribución a esta entrega es una primicia en el periodismo mundial. El pueblo cubano está librando una lucha desesperada contra los herederos de la tradición machadista –el presidente Mendieta y el coronel Fulgencio Batista–. El actual régimen no solo continúa las peores prácticas del carnicero Machado –las perfecciona–. Se lleva a cabo la ejecución sumaria. Muchos ya han sido asesinados. La *ley de fuga* ha sido invocada de nuevo. Dirigentes de la izquierda han sido «llevados a dar un paseo» –sus cuerpos acribillados hallados luego en las calles–. La excusa oficial es «intento de escapar». Reportes iniciales informan que ya han sido masacradas doscientas personas. El gobierno estadounidense es cómplice de estos asesinatos. El embajador Jefferson Caffery está protegiendo los intereses azucareros de Wall Street. Toda la Isla ha sido vendida al azúcar. En la mañana del pasado domingo, el coronel Batista, tras una conferencia con el embajador Caffery, transmitió la orden de abrir fuego contra los huelguistas. Esperaba aterrorizar a la gente y prevenir la huelga general planeada para la mañana del lunes. El espíritu de la revolución cubre

7 Véase Georges Fournial: «Sur le mouvement ouvrier dans les années 1930», *Les années trente à Cuba*, París, Éditions L'Harmattan, 1982, pp. 83-96.

la tierra. Todos los estratos –trabajadores, campesinos, estudiantes, clase media (Auténticos y las filas del ABC)– están unidos en un objetivo común. Abajo el régimen Mendieta-Batista.

Este cable fue enviado por la señorita Herbst el 11 de marzo: «Ómnibus fueron volados en pedazos y tranvías destruidos cuando rompohuelgas trataron de trabajar después que los conductores de ómnibus y tranvías se declararon en huelga ayer. Se desconoce el número de personas muertas o heridas. Bomba explotó fuera del teatro donde yo estaba, telón de hierro del teatro bajado, todo el mundo se quedó inmóvil, excepto hombres que estaban atrás y yo misma que corrimos al vestíbulo. Grandes manchas de sangre en pavimento cuando salí del teatro, gente apiñada en puertas, unos cuantos fatalistas caminaban. Algunos cafés siguieron cerrados al apagarse el ruido en las calles. Muchas calles estaban completamente a oscuras, al igual que las casas, cuando cables en una sección cerca del Capitolio fueron cortados. Reflectores giraban sobre la ciudad, escogiendo techos de casas donde se suponía que estaban ocultos tiradores de bombas.» El régimen tiene dos alternativas: o renuncia o emplea el terror más enloquecido. Al igual que Machado, ha escogido la última alternativa. Pero el ejército y la marina no son confiables a pesar de todas las manifestaciones de Batista. Si los campesinos y trabajadores uniformados se vuelven contra el gobierno tiránico, toda Cuba ardería en la revuelta. ¿Mandaría entonces Roosevelt la flota y los *marines* estadounidenses para «hacerse cargo de la situación»? Las autoridades controladas por los yanquis ya han tomado medidas para estrangular toda protesta. Han detenido a los editores del *Masses* cubano y de *La Palabra*, los periódicos antimperialistas. Solo la protesta inmediata e inequívoca del pueblo estadounidense puede detener las masacres planificadas. Demostraciones, telegramas y cartas de protesta, mítines de masas, pueden ser el camino para salvar las vidas de miles de los mejores hombres, mujeres y jóvenes cubanos.

*

El Soviet en Cuba

JOSEPHINE HERBST

El primer artículo de la serie de Josephine Herbst «Cuba en las barricadas» describe Realengo 18, donde los campesinos han ocupado la tierra y constituido una comunidad descrita como el primer Soviet en América. Su artículo fue sacado ocultamente de Cuba después que el gobierno de Mendieta declarara una dictadura militar y ocupara los correos. La señorita Herbst pasó cinco días viajando a caballo en las montañas hasta Realengo 18. Fue la primera periodista en hacer tal viaje. Regresó a La Habana justamente cuando la lucha actual se desató, y escribió el primer testimonio personal de Realengo 18, mientras las ametralladoras barrían las calles habaneras y hubo muchos muertos.

Josephine Herbst fue enviada a Cuba hace un mes como nuestra corresponsal cuando recibimos informes de que la zafra de 1935 sería la más baja de todos los tiempos como resultado del Tratado de Reciprocidad de Roosevelt.

La zafra de 1934 duró cuarenta y cinco días. La de este año fue aún más corta. De modo que cientos de miles de cubanos sin otro medio de subsistencia fueron literalmente condenados a morir.

Washington sabía esto. Empezaron conversaciones entre nuestro embajador, Jefferson Caffery, el coronel Fulgencio Batista y el presidente Mendieta, que había prometido obediencia a Wall Street para lograr acceder a su posición. Los fondos para armas y soldados aumentaron astronómicamente. Los centrales azucareros (donde tiene lugar la molienda) fueron convertidos en fortalezas. El presupuesto militar rompió el récord impuesto por el tirano Gerardo Machado, quien fue expulsado de Cuba en 1933. Su ejército llegó a contar con catorce mil hombres. El de Mendieta es casi el doble. Esto no incluye la fuerza policial habitual y la policía privada de las grandes compañías azucareras yanquis (Wall Street posee casi toda la Isla). El servicio secreto de Batista sustituye los temidos porristas de Machado, quienes no titubeaban en lanzar los dirigentes de los trabajadores a los tiburones de la bahía de La Habana.

En la actual huelga revolucionaria, los trabajadores y campesinos se han unido en toda la Isla con los trescientos mil estudiantes y maestros que inicialmente se manifestaron contra el régimen de Mendieta. Un «frente común» fue establecido. El objetivo es eliminar el régimen Mendieta-Batista, forzar la eliminación de la pena de muerte en los cañaverales e ingenios, ganar de nuevo las libertades civiles y elevar el nivel de vida.

Los editores

LA HABANA, MARZO 7

Bajé de las montañas de Realengo 18 hace diez días. Cuando fui, cinco días antes, la gente decía que era imposible en Cuba hacer huelgas, condenadas por decretos de Mendieta. Un decreto que penaliza el sabotaje en los cañaverales y centrales con la pena de muerte había sido promulgado justo antes de que comenzara la zafra. Un tercio de millón de maestros y estudiantes ha estado en huelga desde hace cerca de tres semanas. Machado, que se caracterizó por proscribir las huelgas, cayó por una, y hoy el gobierno de Mendieta parece temblar por una nueva huelga general que lenta pero seguramente gana en fuerza. Anoche, los soldados ocuparon la Universidad. Bandadas de panfletos se mueven como mercurio por las calles. Los empleados públicos transmitieron su manifiesto declarando sus demandas, y llamando a un amplio frente unido de todos los grupos contra la dictadura militar, contra el imperialismo. Batista está muy seguro de que puede detener con su ejército esta huelga que surge de necesidades y llagas tan profundas que nadie puede predecir cuándo terminará. Se habla de alianzas posibles, del ABC y los Auténticos, de viejos partidos unificándose, pero es necesario viajar por toda la Isla, hablar con maestros, abogados, trabajadores en los cañaverales, campesinos pobres, tenderos, gente sentada en los bancos de los parques, para darse cuenta de que no hay condición ni arreglo o desarreglo político que sirva de algo a menos que traiga consigo la libertad de la opresión militar y alguna mejoría para la vida de un pueblo tan desesperado por ser libre que las balas no lo detienen.

Al este, en las montañas de la provincia de Oriente, se encuentra Realengo 18. Es imposible que se le separe del resto de la Isla. El hambre es el poder que fuerza al campesino hasta allí, al igual que es el poder que hace funcionar los cañaverales. Si quieren, pueden llamarlo electricidad. Es el hambre que obliga a un trabajador a cortar caña por un salario que va de veinte a ochenta centavos (esta última cifra no es frecuente), lo fuerza a amontonarse en barracas de un solo cuarto y recibir un poco de

arroz, algunos frijoles, un poco de café, todo vendido bien caro en las tiendas de la compañía, y, al terminarse la breve zafra, morirse lentamente de hambre en el largo «tiempo muerto». Esta Isla, cruzada por pálidas bandas verdes de caña, dedicada a la caña como si fuera un ritual que todos deben adorar, muestra, en el largo viaje en ómnibus de La Habana a Santiago, poca tierra dedicada al cultivo de alimentos.

Pero en Realengo 18, en laderas montañosas tan empinadas que parece que solo moscas pudieran cultivarlas, la tierra de profundo color tabaco rebosa con comida. Café y plátanos se extienden por las laderas en líneas tan rectas como las puntadas de una máquina de coser. Palmas altas se elevan hasta el cielo desde los valles y por las cimas de los montes. Centenares de hierbas florecen y suministran el único medicamento que conocen los enfermos en estos parajes. Pues Realengo 18 es un país olvidado por el gobierno. Hasta es difícil de hallar, perdido en las montañas al final de trillos estrechos. Nunca un camino vino hasta aquí, ni maestros ni médicos. Para llegar a Realengo 18, una monta un caballo, sigue trillos que suben agudamente por la ladera montañosa a través de forestas y junglas tupidas, con helechos y enredaderas tan entrelazadas como el cabello. Pero las laderas secretas de Realengo 18 aparecen desde el cerro, el valle profundo, los numerosos bohíos de los hombres de Realengo, la tierra muy labrada, donde todo crece más, la caña es más alta, los vegetales que en el resto de la Isla pesan unas pocas libras aquí llegan a setenta y cinco libras; la yuca, una raíz vegetal, aquí alcanza el largo de seis pies.

Aquí, donde los alimentos crecen tanto, también hay la miseria de la pobreza, pero es diferente. Los bohíos que se agrupan alrededor del central en el llano viven diariamente bajo la vigilancia del ejército. Aquí vienen a espiar, pero hasta el ejército se retiró de Lino Álvarez y sus hombres cuando pelearon el pasado agosto para expulsar a los soldados que se habían acordado de Realengo 18 solo para tratar de arrebatárselo a las gentes que lo habían cultivado en medio de una selva. «Tierra o sangre» es aún el grito de Realengo 18, al igual que lo fue entonces. Aquí, donde crecen tantas plantas, los grandes centrales, los del Royal Bank de Canadá y los de otros pertenecientes a compañías estadounidenses, han tratado de penetrar con tropas para reclamar las tierras como de su propiedad. Debe recordarse el origen de los realengos. En épocas pasadas, la división de la tierra otorgada a los ricos se hacía en áreas circulares. Los intersticios entre estos círculos contiguos pertenecían, en teoría, al gobierno, y se les conocía como realengos. Realengo 18 es una de estas divisiones de la tierra. Varias compañías reclaman la propiedad legal, pero de hecho, después de la Guerra de los Diez Años por la independencia, se suponía que se otorgara tierra en Realengo 18 a los soldados que habían luchado. El general a cargo no realizó bien la distribución y los hombres tomaron la tierra para sí. Después de la Guerra hispano-[cubano-norte]americana, los soldados fueron pagados con un préstamo estadounidense, y algunos de los hombres de Realengo compraron con su dinero pequeños negocios en pueblos cercanos. En 1914, la tendencia fue de nuevo hacia la tierra. Las compañías azucareras quemaban ferozmente los bosques madereros en toda la Isla, sembrando cada pulgada con caña. La caña reptó hasta las puertas mismas de los bohíos, grandes bloques de terreno que nunca habrían de ser cultivados fueron engullidos por grandes compañías que esperaban que fueran de uso en el futuro. En 1904, más del treinta por ciento de las fincas pertenecía a campesinos individuales; hoy, menos del diez por ciento está en sus manos. Después que los precios del azúcar se dispararon en 1920, la tierra fue arrebatada por unos cuantos, y los cubanos se encontraron sin nada.

Pero en Realengo 18 la lucha comenzó para conservar la tierra por parte de las gentes que la habían cultivado con tanto ahínco. Muchos de los hombres de Realengo conocen la esclavitud de los cañave-

rales. Cuando luchan, están luchando contra la miseria de los barracones. La cadena férrea de los centrales que se encuentran en los valles, formando un cordón apretado alrededor de los realengos, carece de derecho legal alguno sobre la tierra, y solo un ejército respaldado por Batista puede triunfar. Con un pretexto u otro, han tratado de escamotear esta tierra. Por medio de sobornos y fraudes han tratado de obtener el título legal sobre la propiedad hipotecada.

Lino Álvarez vs. La Guardia Rural

En 1920, la vida de Lino Álvarez hizo crisis. Lino Álvarez era un carretero de profesión, nacido en un pueblito cerca de Santiago hace unos cincuenta y cinco años. Era joven cuando la Guerra hispano-[cubano-norte]americana, de la cual salió con el título de teniente. Todos los hombres de Realengo 18 usan el machete, un instrumento ancho parecido a una espada, con el cual cultivan la tierra y, además, con el cual luchan. Pero Lino Álvarez usa la espada con mango plateado de un general español a quien mató en aquella guerra. Durante años trabajó para un gran propietario de tierras y centrales hasta que, en 1920, este hombre trató de sobornar a Lino Álvarez para que expulsara a la gente de Realengo 18 para apoderarse del mismo.

En vez de hacer eso, Álvarez comenzó una larga lucha por su gente y su tierra. Había ahorrado varios miles de dólares y lo ha gastado todo. Convencido de que la tierra realmente pertenecía, legal y moralmente, al pueblo, él y los hombres de Realengo 18 –unos cinco mil que, con sus familias, suman quince mil personas– formaron una asociación conocida como la Asociación de Productores Agrícolas de Realengo no. 18 y Colindantes. Esta Asociación, con membrete y máquina de escribir, se reúne regularmente en un viejo bohío con techo de guano de palma, tiene funcionarios e inicialmente intentó métodos legales.

En agosto de 1934, el ejército comenzó a atacar después que los hombres de Realengo habían expulsado a los agrimensores que se habían encaramado en las cimas de las montañas para medir la tierra. Lino Álvarez, al frente de unos cuantos miles de hombres, ocupó el bosque, esperó a los soldados que podían ver a los hombres, machete en mano, tras los árboles del profundo bosque. El oficial al mando gritó que tenía órdenes de atacar, pero tenía miedo de hacerlo, había tantos árboles que las balas serían inútiles. En ese momento, Lino Álvarez respondió que él también tenía órdenes. Sus órdenes eran de defender. El capitán y sus hombres se retiraron ante tanta obstinada resistencia, y la situación devino tan crítica que se hizo el intento de usar una diplomacia almibarada. En Lima, donde se habían reunido mil hombres de Realengo y adonde llegaron los potentados de Oriente para probar el uso de la demagogia, ya que la fuerza había fallado, se hicieron promesas a las gentes de Realengo. Los hombres volvieron a casa. No se ha cumplido ninguna de las promesas. Se han enviado espías, los problemas llegaron a punto de ebullición, se han hecho intentos de soborno. Los cinco mil hombres han resistido. Últimamente, desde el pasado agosto, cuando los trabajadores simpatizantes de su lucha se pusieron en huelga en Santiago, han analizado unirse a la Confederación Nacional del Trabajo. Hoy en día, Lino Álvarez es perseguido por los guardias del ejército que esperan atraparlo, pensando que de ese modo se terminaría la lucha de Realengo. Poco conocen a esta gente.

Casi todos los campesinos en Realengo son verdaderos montañeses. Algunos vinieron de lugares cercanos, muchos han trabajado la caña. Lino Álvarez es un negro muy prieto, pequeño y compacto, que viste camisa azul, chaqueta y pantalones blancos recogidos en botas que parecen militares. Es de noche, y Lino ha venido secretamente por los trillos para evitar a los soldados que pudieran seguirlo en

la oscuridad, hasta la casa donde estoy. Ha venido solo, y de buenas a primeras está en la puerta; nos sentamos alrededor de una solitaria lámpara de kerosén, encendida esa noche como un lujo para la visita.

Es mi segunda noche en Realengo 18. Estoy en la casa de Gil Hierrezuelo. Él está en La Habana y hemos conversado sobre él mientras oscurece. Su esposa me acaba de enseñar su retrato, y por unos cuantos minutos somos dos mujeres mostrándonos los retratos de nuestros esposos ausentes. Gil está en La Habana y la palabra *lucha* es la más escuchada en Realengo 18. Gil está luchando allá, hablando con estudiantes universitarios que se han puesto de pie en un mitin para jurar apoyo a Realengo 18; está hablando con los sindicatos, está aprendiendo mucho. «Siempre esta lucha», dice su esposa, «no hay fin. Lucha, lucha.» Ella es blanca, él es negro. Aquí no hay problema racial. Dos de sus hijos son blancos, dos de color. Llegamos a su casa en el hirviente sol del mediodía. La casa tiene un techo empinado, con perfume de vetiver, sus paredes son de yagua de palma. Hay un cuarto grande, piso de tierra; en la parte final hay una larga pira de leños y piedras; encima, dos tirantes de ferrocarril retienen las llamas sobre las cuales se sitúan las ollas. Las ollas son latas. Hay pocos platos en los hogares de Realengo. La ropa es escasa, pero algunos bohíos tienen máquinas de coser, y una vez vi a un grupo de mujeres caminar seriamente por los trillos a un funeral, engalanadas con ropa a la moda bellísimamente planchada, mientras balanceaban bultos en sus cabezas. Unos gallos picotean medio coco, los puercos y un chivito se mueven torpemente bajo la mesa tropezando con nuestros pies. Pero aquí no hay herramientas; no importa cuánto trabajen, muchos nunca han visto un arado. Manos y machete han de hacer el trabajo. Ayudan los implementos caseros; un leño ahuecado para un pilón constituye un molino de café. Se bebe mucho café aquí en Realengo 18, pero la dieta es monótona; a menudo hay hambre. Café y plátanos, yuca y malanga, ñame y frijoles son una dieta de pelagra. Todos tienen pollos, pero rara vez se tuerce el pescuezo de un pollo; ellos ponen huevos.

Esta noche tenemos pollo cocinado con ají pimiento, y hay orden en este hogar, una palangana de agua para lavarse y una toalla limpia. Aquí hay dos dormitorios, mientras casi todas las casas solo tienen uno. Las sábanas están muy limpias, pero uno se enfría hasta los huesos por la noche; los sacos de yute no dan mucho calor. Esta tierra, tan rica a la vista, toma mucho y da poco a los que la trabajan. Un racimo grande de plátanos representa trece centavos; ciento veinte libras de ñame, a veces un peso, con mayor frecuencia, cuarenta centavos; un barril de malanga, cuarenta centavos; ciento ochenta libras de maíz desgranado, dos pesos. Cuando llega la hora de comprar, los comerciantes los estrangulan. Todo es muy caro: un peso veinticinco centavos por un par de zapatos malos, un peso ochenta y cinco centavos por un overol; un peso veinticinco centavos por una camisa y un peso ochenta centavos por un sombrero.

Estamos sentados, conversando sobre precios y la manera en que los trabajadores de las fábricas y los campesinos están unidos: ninguno puede vivir sin el otro. Las montañas se vuelven un precioso azul acerado. La primera gran estrella asoma por encima de las palmas. Aquí hay tranquilidad, pero hemos estado hablando de la miseria en Santiago, de alcantarillas abiertas, de trabajadores encarcelados, y la esposa de Gil está tranquilamente empaquetando un bultico de comida para la familia menos acomodada de uno de mis compañeros. Él era actor en Santiago hasta 1925, y proclama los nombres de los pueblos en los que actuó en Norte y Sur América, como si estuviera anunciando trenes. Su oratoria se limita ahora a la lucha. Un retrato suyo cuelga incongruentemente en la pared de su bohío. Ocho muchachos bellos y muy inteligentes, su esposa y él se apiñan en un pequeño bohío. Por la noche, las camas gimen miserablemente con el frío de los huesos humanos, el actor desde su hamaca

explota repentinamente en la oscuridad con un breve discurso furioso de rebelión; la mañanita es muy fría y el fuego de esta casa está en el descampado. Pero todas las montañas han sido cultivadas con un trabajo indescriptible. Madrugar, acarrear agua desde lejanos pozos, encontrar comida en algún lado. Puercos y pollos siempre tienen hambre, se pelean por migajas perdidas. Durante todo el tiempo que estuve en Realengo, solo una casa tenía algo que no fuera café para el desayuno. Era la casa de Gil Hierrezuelo.

Pero por todas partes hay hospitalidad. Los trillos, tan empinados que el caballo resbala y gira en espiral como si fuera a caer al fondo, conducen a hogares en los cuales lo que hay pertenece al invitado. Hay buena conversación; aquí, donde no han llegado los trenes y los autos apenas han sido vistos, las palabras «imperialismo, lucha, frente unido de trabajadores y campesinos» son tan comunes como el sol y el aire. Algunos campesinos son más lentos que otros, algunos no ven la implicación clara de su lucha por la tenencia de la tierra, pero todos están unidos en su Asociación, y tienen la determinación de luchar antes que rendirse.

Más temprano, nos habíamos detenido en la casa de Argimiro Gaínza, el poeta de Realengo. Es un trabajador haitiano que habla francés; sentado modestamente, escuchaba con deleite nuestra conversación sobre Máximo Gorki. La esposa sirvió café en tacitas pequeñas. Dos bellas niñas desnudas estaban tímidamente sentadas sobre un taburete. El agua se guardaba en grandes güiros, las cazuelas eran latas, pero el dormitorio tenía menos camas que la mayoría, ya que esta pareja solo tiene dos hijos por el momento. La mayoría de las casas de Realengo albergan a diez.

En Realengo 18 nunca ha habido escuelas públicas. Recientemente, una escuela con cincuenta niños sesiona todos los días, con una joven maestra de la Liga Antimperialista de La Habana. Hasta hace poco, ella no tenía pizarras, pero ahora los trabajadores están reuniendo libros y lápices para esa escuela. Hace poco, las mujeres se reunieron para formar un grupo que ayudara en la lucha. Hasta la noche, linternas subían y bajaban las empinadas montañas azules. Cincuenta mujeres se encontraban en la primera reunión, un poco calladas al principio, pero se avivaron cuando un orador comenzó a hablar sobre el movimiento femenino en la Unión Soviética. Entonces las mujeres de Realengo decidieron formar un grupo similar todas las noches durante una semana hasta que todos los barrios o distritos de Realengo 18 se organizaran. Aunque la distancia es mucha y las montañas empinadas, ellas subieron y bajaron durante una semana, iniciando nuevos grupos, las linternas parpadeando en la oscuridad, trasladando su luz de una oscuridad a otra.

Constructores del Soviet

Estamos en la sala de Gil Hierrezuelo. Pequeño, oscuro y terriblemente fuerte, está en la puerta. Todo el mundo se levanta con un grito de alegría, dos de los hombres abrazan a su dirigente. Nos sentamos y comienza la conversación, la conversación práctica, sobre el peligro de Lino, sobre la necesidad de no confiar nunca en una «garantía». Mira lo que le pasó a Sandino. Los nombres de Sandino y Pancho Villa entran a menudo en la discusión. Lino no es del tipo de los bandidos. Es un excelente organizador y ejecutivo con una visión que no conoce temor alguno. En su brazo derecho hay dos balas y en el izquierdo una, de las armas de las compañías azucareras. Saca unos vasos de un pequeño estuche de percal rojo y blanco, desenrolla recibos de impuestos sobre la tierra. La legalidad aún le preocupa, como una profunda llaga que hierve y burbujea. Se siente ultrajado hasta los huesos ante la humillación de tener la razón y ser colocado en la posición de no tenerla por la voracidad de las compañías que no dieron sino sobornos y trucos por esta tierra que cuesta tanto sudor. Alguien quiere saber cómo evitará la

captura si lo intentan. Sonríe lentamente por la primera y única vez de las dos ocasiones en que lo vi en Realengo. Lentamente saca un revólver, lo pone con deliberación sobre la mesa, sonríe brillante y convincentemente. Sus hombres han aprendido tácticas militares desde que se han visto obligados a defenderse –renunciar a su tierra o morir–. Ese mismo día, mientras nos afanábamos para vencer una montaña cubierta de bosques vírgenes de madera, vimos los bohíos de vigía cubiertos con guano de palma, donde ellos se ocultaron el pasado agosto esperando vislumbrar la milicia que subía desde el llano.

Estas gentes no se engañan, conocen su peligro. Dicen y sienten que son un Soviet. Desde que se fundó la Asociación, no se han hecho más contratos con las compañías que habían obtenido su título de las tierras mediante la fuerza y el soborno. No se pagan la rentas. Los hombres de Realengo abren nuevos trillos. La tierra de una persona es analizada críticamente; ¿no debería talar ese árbol? Un campesino trota en su caballo fumando un tabaco, se cruza con un hombre que no tiene uno. «¿Qué tal una cachada?» pregunta el que no tiene tabaco, y este cambia de manos una vez más cuando el viajero se detiene en algún bohío y es observado hambrientamente por un hombre en una hamaca que está desgranando maíz en una vasija grande de hojalata.

Ellos conocen su peligro. Aunque sean valientes como leones, saben que necesitan a los trabajadores de esta Isla. Aquí arriba, en las alturas, aun en la oscuridad, solo hay que salir del cuarto hacia la noche engañosamente dulce, para sentir al mundo. Allá abajo, a la luz del día, uno puede ver el verde enfermizo de la caña extendiéndose como un veneno sobre esta Isla, empapando como un ácido los huesos de los trabajadores, manteniéndolos en la pobreza para beneficio del capital extranjero. En Santiago, vi las espaldas magulladas de los trabajadores golpeados con las hojas de los machetes porque pertenecían a los sindicatos, vi las ropas ensangrentadas de un estudiante golpeado con los cabos de los rifles, visité la más alta casa de estudios en Oriente, un edificio viejo –antes un cuartel– de cuartos oscuros y mohosos con capacidad para albergar unos cuatrocientos estudiantes mientras tres mil claman por la educación. Los mapas en jirones, un laboratorio de química con probetas rotas, botellas vacías, microscopios sin lentes, jirones de un viejo telescopio, apolilladas aves disecadas con las alas destruidas, una pequeña biblioteca con unos cuantos cientos de libros –en toda la provincia de Oriente no hay diez mil libros–: esta basura es lo que ofrece el gobierno a su pueblo. La mitad de la población de la Isla es analfabeta, mientras Batista recibe quinientos mil pesos más por nuevos cuarteles, y cada soldado lleva un buen uniforme almidonado con capa de agua y muchas armas de fuego.

«Imposible hacer la zafra sin el ejército», dicen los defensores del gobierno, manteniendo que los terroristas han amenazado con destruir la caña. Pero los *trabajadores* son encarcelados, arrojados de sus bohíos si se atreven a alzar sus voces para pedir más salarios o hasta por pedir los salarios que ya les deben. Esta Isla está enferma de azúcar. Está enferma de una dolencia anciana, y hoy día en ningún lugar del mundo han florecido los parásitos tan abundantemente. Ahora hasta los capitalistas extranjeros tiemblan por sus inversiones. Las ganancias han descendido, y bajo un mandato de hierro la Isla se resiste y hace fuerza. La calle santiaguera donde nació el héroe negro Antonio Maceo está llena de baches y alcantarillas abiertas, y en los muros han escrito «Abajo Batista. Abajo el imperialismo. Todos a la huelga general». Las escuelas se están pudriendo, pero de sus paredes cientos y miles de estudiantes han acudido a un movimiento huelguístico sin precedentes. Buscaron una educación y recibieron un ejército.

En Realengo, el país extranjero, ninguna escuela gubernamental se molestó en venir, pero ha venido la lucha, una lucha consciente de sí misma y decidida, y la lucha está educando al que no tiene educación. Cuba, olvidada para todo menos para el saqueo, se está educando a sí misma. Las huelgas

de los dos últimos años han acumulado lentamente un poder firme. Se les negó el derecho a la huelga, las masas están en huelga. Se les negó el derecho a reunirse, las masas se están reuniendo en secreto. La lucha es toda la educación que parecen necesitar.

Lino está sentado en la mesa. Me dicen que es un hombre modelo con su familia, y tiene catorce hijos. Es un gran hombre. Acaba de decir tranquilamente que antes que los hombres de Realengo 18 cedan su tierra, morirán, y antes de que se les permita morir, los trabajadores de esta Isla, sí, y los de otros países también –mirándome fijamente– puedan tener algo que decir.

Huelga general en La Habana

LA HABANA, MARZO 9

Desde que escribí el texto adjunto hace dos días, los eventos se suceden rápidamente. Esta mañana solo se permitió la circulación del *Diario de la Marina*, el periódico del gobierno. Habiendo servido a España durante la Guerra hispano-[cubano-norte]americana, ahora es el portavoz del gobierno tambaleante de Mendieta. Este gobierno no reconoce de ningún modo que se está tambaleando. La embajada de los Estados Unidos y Batista están de acuerdo sobre que una huelga general no puede ocurrir.

Anoche, a las ocho y media, fui al campamento de Columbia para ver a Batista. Los soldados en dos rejas impedían el paso, pero dentro del edificio prevalecía una extraña atmósfera hogareña. Tocaba un radio, curiosamente, una versión popular cubana de una de las canciones revolucionarias que cantaban los hombres de Pancho Villa mientras arrasaban por las montañas en dirección a Ciudad México. Una pintura coloreada de dos manos unidas con el nombre de Baire, Oriente, lugar del nacimiento de Batista el 24 de febrero de 1895 (sic), y del campamento de Columbia en La Habana, el 4 de septiembre de 1933, que conmemora el ascenso del coronel en 1933. Uno de los oficiales se sienta a mi lado mientras espero. Dice que está bastante cansado desde que empezó esta huelga. Estuvo levantado toda la noche. Antes, ya yo había oído que Batista solo se acostó a las siete de la mañana.

«¿Espera muchos disturbios?», le pregunto. «Oh, lo tenemos todo bajo control. Tenemos una buena distribución. Y esto les enseñará. La mitad volvió al trabajo y habrá nuevas personas hoy en los otros puestos de trabajo. Déjelos gritar, no conseguirán sus puestos de nuevo.» Se muestra bastante molesto con la situación. Pero Batista no está molesto. Es un hombre poderoso y apuesto, y tan rápido e incisivo que disfruta el peligro. Comienza a hablar, diciendo y repitiendo lentamente que debo tener algo claro: no se detendrán ante nada para prevenir una huelga general. *Ante nada*, si fuera necesario.

Hasta se sonríe cuando dice que pudiera ser bueno limpiar al gobierno de muchas personas inútiles que no volverían a recuperar sus empleos; así el gobierno ahorraría dinero. Los comunistas están detrás del problema, y parecen haberse aliado con otros grupos radicales, hasta con el ABC y los Auténticos, pero, me insiste Batista, en el fondo hay una gran desunión. No pueden ganar, me declara, porque el ejército lo apoya (a Batista) como un solo hombre. Sonríe con orgullo, se inclina tensamente. Continúa diciendo que no tienen ninguna posibilidad. Le pregunto cuál sería su posición si Mendieta

renunciara, pero él hace un ademán con la mano. Imposible. Además, él es un ala y Mendieta la otra de la misma ave. Esa ave tiene intenciones de volar y necesita las dos alas. Entonces quise saber si no fuera posible que el ABC y los Auténticos (el grupo de Grau San Martín) pudieran aliarse para obtener el control del gobierno, en cuyo caso ¿qué haría, renunciar o tratar de llegar a un acuerdo? De nuevo, sonrío: imposible, el ave tiene intenciones de volar.

Veremos. De acuerdo con fuentes sindicales, hay muchos indicios de que la «imposible» huelga general pudiera comenzar. Hoy se detuvo el correo. Se sacan los manuscritos de contrabando. Pero en toda la Isla los servicios se han detenido y los nuevos departamentos gubernamentales han sido abandonados hoy.

Al ir a una exposición de arte el domingo, vi a dos soldados de Batista, muy borrachos, gritando, a pesar de sus uniformes nuevos: «Abajo Batista, abajo Batista.» Dos transeúntes les quitaron sus sombreros y las armas y los subieron a un tranvía antes de que los muchachos se metieran en problemas, pero hasta cuando subían los escalones, rezongaban y farfullaban, casi llorando: «Abajo Batista».

The New Masses. Julio 16, 1935 (XVI no. 3)

Un pasaporte de Realengo 18

JOSEPHINE HERBST

En el piso de tierra de la casa del poeta de Realengo 18, uno de los hombres de Realengo dibuja un mapa de Cuba con un palo. La tierra apisonada, bien barrida con una escoba, hace de pizarra. Él le da forma a la Isla y nosotros miramos fijamente su pequeñez que ahora se relaciona con el mundo. Los contornos de los Estados Unidos se perfilan rudamente. Hay un océano, Europa, y un gran trazo repentino del palo que se mueve con una curva inspirada, conforma la Unión Soviética. Todos en el cuarto sonrían. Jaime, el actor, convertido hace diez años en campesino de Realengo, dice excitadamente que en mi cartera traigo un pasaporte que tiene una visa de la Unión Soviética. Dos niñas se quedan sentadas en un banco estrecho, todos los demás se agolpan alrededor. El pasaporte va de mano en mano.

A través de la puerta se vislumbra el valle allá abajo. En Realengo estamos muy alto encima del mundo. Estamos en medio de montañas escarpadas, con sembradíos de plátanos y tabaco en filas simétricas. Alrededor de esos pedazos de terreno cultivados, el bosque virgen cubre áreas difíciles. Realengo 18 se siente un tanto protegido por su ubicación, por sus trillos difíciles que son demasiado estrechos para el paso de la artillería de un ejército. En agosto pasado, los aviones circularon por encima buscando lugares para bombardear. Ahora cuatro hombres de Realengo están gravemente estudiando el mapa de Cuba sobre el piso y están mirando mi visa de la Unión Soviética.

Miran la visa lentamente y la pasan de mano en mano. Alguien vislumbra la hoz y el martillo pequeños en el sello. Jaime dice que debería haber una visa del Soviet de Realengo 18. Dice que hay muchas páginas en blanco y que yo debería tener una visa del primer Soviet en el continente americano. En un minuto, la visa ha cambiado la atmósfera del cuarto. Realengo 18 es un pequeño punto en una pequeña Isla, y estábamos discutiendo los problemas de esta Isla, su relación con el mundo. Cada una de las personas en el cuarto ha sentido el peso de la gran mole de los Estados Unidos ejerciendo su presión desde arriba en ese mapa dibujado sobre el piso. Estamos mirando el mapa y sintiendo los poderes que están contra esta pequeña Isla en su lucha por la libertad. La visa es una suerte de magia que restaura a todo el mundo.

La esposa del poeta se levanta prestamente y hace café. Lo sirve en pequeñas tazas con guarapo. Aunque esta Isla está dedicada al azúcar, aquí no hay azúcar, solo el jugo de la caña exprimida con una tosca máquina de leño hecha a mano. El azúcar se vende, no se come, no se hace en Realengo. Jaime, quien ha viajado y conoce los puertos de la América del Sur, ama mi pasaporte. Lo mira una y otra vez e insiste en que yo tenga una visa de Realengo. Ahora lo están discutiendo seriamente, y la cuestión se remitirá al secretario. Después, se le llevará al presidente, Lino Álvarez. El revuelo y la animación de la tarea por hacer y la relación de este puntico tan pequeño comparado con la enorme sexta parte del mundo donde florece la Unión Soviética, cambian toda la disposición de ánimo del grupo. De nuevo nos montamos a caballo y cogemos el trillo.

Acabar el viaje no es posible en Realengo 18. En cada bohío hay un hombre de Realengo que quiere saber las noticias. Soy una extranjera en un par de overoles y una camisa de trabajo azul montada en un caballo muy roñoso y huesudo. Esto solo dura un minuto. En el momento próximo estoy en el bohío. Sonreímos y conversamos. El hombre de la casa puede estar muy enfermo con malaria. Esta enfermedad es un terrible flagelo en Realengo, donde el mundo exterior parece haber venido aquí solo para saquear. Agentes de los grandes centrales allá abajo penetran en Realengo 18 montados a caballo, vistiendo ropa almidonada muy blanca, cabalgando arrogantemente con látigos en sus manos y pistolas a la cadera. Los hombres de Realengo que pasan en sus propios caballos humildes nunca hablan con estos emisarios. La procesión silenciosa pasa al jinete cuyos ojos espían penetrantemente. Se siente el fuerte desprecio en el aire mientras desaparece el invasor. Los hombres de Realengo intercambian miradas; uno de ellos escupe ruidosamente y con furia. Ni una palabra puede ser pronunciada hasta que estamos en la casa del hombre enfermo cuyos brillantes ojos afiebrados ansían tener todas las noticias. ¿De qué profunda fuente surge esta plática sobre política e historia? La respuesta está en su propia lucha por conservar la tierra a la cual han dado tanto trabajo.

No hay un solo bohío que deje de ver la visa. Se la saca, se pasa tímidamente, con delectación; de nuevo se pondera seriamente la cuestión de poner una visa de Realengo en el pasaporte. Una vieja no puede detener su discurso contra los espías enviados por las compañías azucareras ni para mirarla, pero su hijo se la coloca ante los ojos. Ella no puede leer, pocos pueden; sin embargo, los que sí pueden leer hablan mucho. Explican, repitiendo una y otra vez la situación mundial, relacionándola con este pequeño mundo de Realengo 18. Son gente práctica, no son románticos ni rousseauianos. Saben que necesitan más que los hombres luchadores de Realengo para conservar su tierra y ser libres, necesitan más que Cuba.

Las palomas, arrullando, se pavonean. Los puerquitos buscan desesperadamente pedacitos de comida, se hociquean unos a otros tratando de conseguir migajas. En esta tierra fértil hay una mirada flaca y hambrienta. Se hace un fuego sobre un fogón hecho con una pila de piedras, y al ver el fuego

crudo, surge una conversación feroz sobre el día que algún día llegará, cuando tendrán electricidad, radios y sus hijos no necesitarán detenerse en la larga caminata subiendo la loma desde el arroyo con el pesado jarro de agua. Hay tanto cansancio en los niños, tantos cuerpos delgados; sin embargo, la niña de la casa donde pasé una noche, busca un pedacito de peine roto con el cual peinar su preciosa cabellera. Saca un fragmento de jabón de su lugar tras una astilla en la pared, se lava las manos delicadamente en una palangana de latón, se ríe: «Algún día tendremos mucha agua, mucho jabón».


Ellos creen en *algún día* y creen en su *hoy* y están orgullosos de su lucha. Deberían ocupar su lugar al lado de los grandes del mundo, han luchado bien. Todos están de acuerdo sobre la necesidad de la visa. De modo que no sorprende escuchar esa noche, muy tarde, la oscuridad impregnada con el perfume de muchas hierbas en flor, las pisadas que se acercan por el trillo de los plátanos. Bajo hojas de plátano traen una máquina de escribir, y su líder, Lino Álvarez, viene para mostrarme muchos papeles. Primero vemos esos papeles, con la luz vacilante de una pequeña lámpara de aceite, el dueño del bohío sentado muy erecto en una hamaca, muy excitado y feliz con toda la compañía que de repente ha llenado el cuarto. La esposa ha hecho una bebida maravillosa con naranjas arrancadas rápidamente de un árbol por los niños, y ha sacado un tesoro, una pequeña caja redonda de latón, del tamaño de un dólar de plata, que contiene un polvo blanco. Resulta no ser nada más extraordinario que soda, un pellizco de la cual provoca espuma en la bebida, para deleite de todos. Lino Álvarez, con sus ropas blancas, su camisa azul y la espada del general español que usa desde sus días como soldado en la Guerra hispano-[cubano-norte]americana, quiere que se comprendan todos los antecedentes de la lucha en Realengo. Su obstinada integridad logra que parezcan aún más vergonzosos los trucos de las compañías que han tratado de defraudar a estas gentes. Estamos revisando los papeles, y solo hacia el final surge de nuevo la cuestión de la visa. Al parecer, la cuestión ha sido discutida mucho antes del viaje a esta casa, pues la visa ya está preparada. Lino Álvarez no pensó que la visa debe ser colocada en el pasaporte, pero pensó que algún tipo de papel sería apropiado. El papel ya estaba en un sobre y, al ser mostrado, se hace más diáfano todo el plan de estas vidas en los montes. Además de vencer no solo millas sino empinadas montañas, deben haber empleado todo el día apurándose para arriba y para abajo, consultando, llevando mensajes, con la secreta telegrafía de las montañas transmitiendo las noticias.

Están muy orgullosos mientras leo la visa. El secretario y uno de los vicepresidentes firman. Lino Álvarez, el presidente, firma lentamente. Apenas está aprendiendo a escribir. Los puerquitos gruñen por comida, y en la excitación de firmar, cae al suelo una gran cazuela de maíz, desgranado penosamente ese día por toda la familia, para ser molido al día siguiente con el fin de hacer la masa blanda de harina de maíz que es el pan de Realengo. Todos los niños se apresuran a salvarla del asalto de los puercos hambrientos. La puerca madre, que está afuera con su camada de pequeños muy flacos, grita por su parte. Un caballo que presiente la comida, relincha. Las palomas comienzan a cloquear y a meterse entre las piernas de las personas. El cuarto entero está en acción, y los granos que no se salvan son recogidos y tragados por los ruidosos puercos. Aquí hay hambre; estuvo presente durante la comida de la noche con ñame y malanga, pero nadie le presta atención. Los ojos luminosos miran al papel mientras lo guardo en mi cartera; gravemente vuelven a sus asientos.

Este es un bohío pequeño. El distrito de Realengo es pequeño comparado con Cuba, y Cuba es solo una Isla pequeña, pero en Realengo nadie se siente solo en la lucha por la libertad. Hablan demasiado de lo que ocurre en el mundo. Saben demasiado para sentirse solos.

Escribo esto muchas semanas después de la visita, pero es imposible escribir como si no fuera un perenne presente. Estoy en terreno agrícola de Pennsylvania. El día primero de mayo [*May Day*], los

campesinos de esta comunidad lo celebraron en Doylestown. Una mujer narró las maniobras para desalojar a su familia de ocho niños. Pasaron muchas horas antes de conseguir expulsarla de la tierra. Tuvieron que pagarle un dólar la pieza por cinco palomas antes de que ella accediera a irse: ese pequeño y humilde triunfo fue bien recibido por todos los campesinos. El mitin en el césped del juzgado concluyó cantando la *Internacional*, y yo recordé una tarde de domingo en Realengo 18 cuando llovió fuerte sobre el techo de guano de palma durante todo el día y los muchachitos jugaban con frijoles en el piso de tierra. Un ternero entró para guarecerse de la lluvia, y una cotorra gritaba desde su aro colgado del techo. Después de un rato oscureció. Habíamos estado hablando sobre los problemas de Realengo y algunos de los hombres habían sacado de nuevo los mapas para mostrar la relación de ese distrito con Santiago y La Habana, donde los trabajadores habían ido a la huelga el pasado agosto por simpatía con Realengo. Pronto oscureció demasiado para hacer mapas, y comenzamos a cantar, primero la *Marsellesa* y luego la *Internacional*.

Todo el mundo sabe que desde entonces se ha derramado mucha sangre en Cuba; el férreo poder militar ha tratado de aplastar las huelgas, de ahogar las protestas. Ni la cárcel ni los cañones pueden silenciar del todo semejante canto. 

Traducción del inglés por *Ana Puñal*